

EL SUEÑO DE ESCIPIÓN

Está bien, ya estoy harto. Han superado el umbral de mi paciencia y me dispongo a reaccionar de manera fiera y contundente. Los ciudadanos de las democracias contemporáneas, no sé bien por que razón, parecen odiar a la política y a los políticos y no se dan cuenta de las potencialidades transformadoras -tanto en lo personal como en lo social- que trae consigo una actividad política constante, participativa y deliberativa.

pablo ney ferreira

Las acusaciones (ya desde hace algún tiempo), casi siempre infundadas, contra todos los protagonistas de la política nacional y mundial me tienen absolutamente irritado. No digo que no haya malos políticos, ni que en estos tiempos, la política como actividad humana en común pueda estar pasando por un mal momento -que tampoco estoy muy seguro- pero que los comentarios que podemos escuchar todos los que queremos escuchar son tremendos, no lo podemos negar.

No sé qué pasa pero ahora, todos los ciudadanos democráticos odian a la política, y le atribuyen todos los males habidos y por haber. Acusan sin pruebas, injurian impunemente. Me da la impresión -espero equivocarme- que la visión y la esperanza del déspota dadivoso planea peligrosamente sobre el horizonte político de las democracias contemporáneas, al igual que aquel demoníaco fantasma del comunismo, aterrorizaba a la sociedad burguesa y a las nacientes democracias occidentales. Es esto, precisamente, lo que trae el desprestigio de la política y de los políticos, que nadie se engañe: la decadencia de la política y el desprecio de la población por esta noble actividad pública tienen como correlato inmediato el ascenso del autoritarismo.

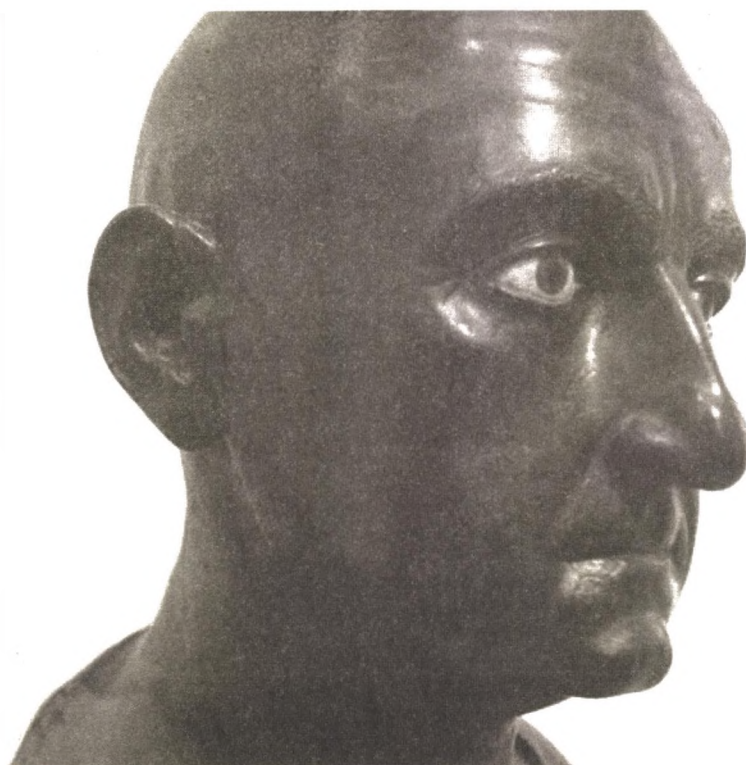
ELOGIO DE LA DEMOCRACIA

Debido a que no me entusiasma en lo más mínimo este "correlato inmediato", es que me he dispuesto a defender esta distinguida actividad ante sus numerosos y variopintos detractores. Claro, enfrentarme a esta tarea no es nada fácil, y afrontarla solo es todavía más desolador. Es por esta razón que he decidido convocar a un viejo amigo. Su nombre es Marco Tulio Cicerón, distinguido jurisconsulto, y cónsul de Roma en el año 63 A.C. Enemigo declarado -entre otros- de Catilina y Marco Antonio, a quienes dedicó una serie de discursos tanto en el Senado como en el Foro (conocidos como catilinarias y filípicas, en ese orden), que están entre los más famosos y geniales de la antigüedad greco-romana.

Seguramente es conocido por todos por su magnífica oratoria, y por haber salvado a la República romana de la conspiración del ya citado Catilina, y por algunas otras actividades públicas en su largo derrotero por la agonizante situación política del final de la República romana.

Se trata de un viejo compañero en muchas bibliotecas, es por esto que decidí convocarlo en mi ayuda. Lo que sucede, es que las defensas que ensaya Cicerón de la actividad política como la vía suprema de maximizar la virtud, y de constituir una república virtuosa son interminables. Prácticamente en cada discurso, en cada escrito, en cada carta, el salvador de Roma (así le gustaba que le llamasen), nos proponía a la vida activa, esto es, a la actividad política, como la verdadera vida buena, aún por sobre la vida contemplativa desarrollada tanto por los filósofos griegos como por los estoicos romanos y más tarde por el cristianismo como la vida óptima.

Por este motivo, es que debía decidirme por



uno de los textos ciceronianos en particular, así que voy a apoyar mi humilde Elogio de la Política, en el libro VI del De República de Cicerón, más conocido como el Somnium Scipionis, o El Sueño de Escipión.

CIUDADANOS CRÍTICOS E ILUSTRADOS

El que nosotros hoy en día podamos disfrutar de estas excelentes páginas de literatura latina antigua se lo debemos a Macrobio, un escritor y gramático romano del siglo IV d.c., quien además de realizar un mediocre comentario del mismo, lo edita en su totalidad, salvándolo durante siglos del olvido más absoluto. El resto del De República de Cicerón, salvo por algunas referencias que aparecen en San Agustín y en Lactancio, recién reaparecerá al público en 1822, gracias al Cardenal Angelo Mai, quien trabajosamente lo rescató de la vieja biblioteca del convento de de San Columbano de Bobbio, donde permanecía oculto bajo una versión de las Enarrationes in Psalmos de San Agustín, en el código palimpsesto Vat Lat 5757.

La obra está escrita en forma de diálogo. En él, Escipión el Africano se le aparece en sueños a su nieto Escipión Emiliano, e intenta explicarle que la suprema virtud a la que un hombre puede aspirar es a la de una vida completa al servicio de los más altos ideales de la República. Esta plena dedicación a las actividades públicas son las que habrán de abrirle el camino hacia la plenitud eterna en el cielo, lugar donde por supuesto se encontraba el Africano.

Esta preocupación antigua, presente en la tradición republicana clásica, ya desde Aristóteles, y coincidente con la importancia que le adjudican también los demócratas griegos, es la misma que manifiestan los actuales partidarios del republicanismo democrático académico. La defensa

de una concepción de la política inclusiva, participativa, y con una doble perspectiva, instrumental y constitutiva, es lo que intentaremos hacer desde estas páginas.

Una política republicana y democrática nos permite en primer lugar, y desde una perspectiva un tanto antigua, si se quiere, pero no menos útil en estos tiempos en que la democracia republicana ha caído en descrédito, desarrollar ciudadanos críticos, ilustrados, y con una clara responsabilidad en lo que refiere a sus actuaciones referidas a las cuestiones públicas.

Un ciudadano que esté habituado a participar, ya sea en su partido político, en las asambleas de su gremio, o en cualquier actividad pública que presenten las redes de asociaciones que configuran la sociedad civil, posee un grado de información, de responsabilidad, que no posee un individuo que solamente se dedique a sus asuntos privados.

Si además se informa con la prensa, Internet o lo que sea, sobre los conflictos nacionales e internacionales, si está al tanto de los problemas de su comunidad, sus decisiones serán de mayor utilidad y será mucho más difícil de embaucar por los políticos profesionales que el hombre privado. Ésta es una figura política que maneja el republicanismo clásico y el democratismo radical: el hombre participativo y deliberante es un individuo mucho más valioso para la comunidad, y agregó yo, también para su vida privada.

Parece claro que un individuo acostumbrado a lidiar en la arena pública con sus iguales acerca de temas medianamente sofisticados, con una cierta capacidad de análisis y de información, y respetuoso de las reglas básicas de la deliberación y del intercambio respetuoso de ideas, y hasta de la negociación en un contexto de poder, posee otras armas y está más capacitado para solucionar conflictos que se sucedan en su

trabajo y hasta en su familia, pese a que las relaciones de igualdad entre los contendientes, no son las mismas en el trabajo y en la familia -donde campeon las relaciones de autoridad- que en el ágora.

No obstante, y atendiendo a las críticas habituales, que se suelen realizar a este tipo de abordajes, es cierto que las sociedades modernas han desarrollado una vida privada que no existía cuando los republicanos clásicos argumentaban en este sentido: en suma, se trata de una concepción absolutamente pretérita y superada ampliamente por la vida y la política modernas. Excelente. Resulta que ahora todo lo que responda a la modernidad o a la postmodernidad, es algo así como palabra santa.

Se puede evolucionar e involucionar, no todo lo nuevo es bueno. En este caso, considero que todavía tenemos mucho que aprender de las actitudes políticas pre-modernas. Las repúblicas clásicas, y toda la tradición republicana clásica, todavía tiene mucho que decir en este campo, y por desgracia aún se la escucha poco fuera de la academia. La potente y clara voz de Cicerón parece haberse callado hace ya algún tiempo.

LOS DOS REPUBLICANISMOS

Deberíamos pensar detenidamente si Aristóteles no tenía por lo menos algo de razón cuando afirmaba que el hombre, al ser un ser esencialmente político, sólo alcanza su potencialidad individual cuando actúa y delibera en el contexto público de su actividad política.

Pero también es posible verlo de otra manera: de una manera meramente instrumental. Éste es el argumento que plantean tanto el liberalismo político como el denominado republicanismo instrumental, una suerte de fusión entre principios republicanos y liberales. Para esta versión de la participación política, ésta juega un rol meramente instrumental para la protección de la libertad privada. Esto es, la importancia de la participación política está dada por la necesidad de proteger las libertades de los individuos, y no por la relevancia que tiene la misma en la constitución moral y política de los agentes políticos democráticos (léase ciudadanos).

Según esta interpretación, el objeto de la participación política es el control del poder político para evitar que éste se entrometa en las esferas de la vida privada del individuo. En el otro caso -el republicanismo constitutivo- es a la inversa, la libertad privada estaría instrumentalmente al servicio de una libertad o participación política dotada de valor propio y sustantivo. En ese caso, la libertad privada sirve para dotar al ciudadano de la autonomía necesaria para que en sus quehaceres públicos, esté dotado de una autonomía suficiente que le posibilite una autonomía de criterio y acción imprescindibles para su honesto desempeño político.

En suma, para el liberalismo y para el republicanismo instrumental, la participación política es un medio para preservar la libertad privada. Para el republicanismo clásico o constitutivo la libertad privada es la base necesaria para que su libertad política pueda hacerse real en el único lugar en que es posible, esto es, en el ágora, argumentando, debatiendo e intercambiando razones y experiencias con sus iguales.

Cualquiera de estas dos concepciones debería brindarnos poderosas razones para intentar que nuestras sociedades democráticas contemporáneas no abjuren de la política y potencien la relevancia práctica de sus espacios públicos, para así, por lo menos, intentar que nuestras sociedades democráticas modernas no terminen siendo meras oligarquías electas periódicamente con una masa distraída de súbditos disimulados cuidadosamente en sus vidas privadas.

Por eso mi amigo Cicerón, desde el El sueño de Escipión, nos sigue recordando que debemos rescatar a la política como una forma de la vida buena, no la única, pero sí probablemente una de las más destacadas a las que puede aspirar un ciudadano de una república democrática. ■

candidato a doctor en ciencia
política universidad
complutense de madrid

Dirección: Adolfo Garcé, Juan Grompone, Juan Martín Posadas, Isabel Viana / Redactor Responsable: Daniel Pelúas
Asistentes de Dirección: Fernando Rosenblatt, Florencia Barindelli / Edición: Gerardo Tagliaferro / Realización gráfica: Marta Aldunate - Andrea Gómez

Luciano Álvarez - Kimal Amir - José Arocena - Mario Bergara - Hugo Borsani - Ricardo Cetrulo - Edmundo Canalda - Daniel Chasqueti - Juan C. Doyenart - Jimena Fernández - Wilson Fernández - Pablo Ney Ferreira - Heber Gatto - Francisco Panizza - Carlos Pareja - Romeo Pérez - Renzo Pi Hugarte - Rafael Rey - Alvaro Rico - José Rilla - Lilión Simões - Carmen Tornaría - Santiago Torres - Tabaré Vera - Daniel Vidart